

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

MARIANNE MÜLLER, *Le Patois des Marécottes (Commune de Salvan, Valais)*. Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1961 (Beihefte zur «Zeitschrift für romanische Philologie», 103), IX + 319 pp.

Tenemos aquí el estudio de un habla franco-provenzal de la Suiza francesa. La aldea de Les Marécottes (cantón del Valais) está situada en el valle del Trient, esto es, en la parte del Valais que pertenecía a Savoya. Depende del ayuntamiento de Salvan, pero, así como esta localidad está muy expuesta a la influencia perturbadora del francés (¡del francés regional!), Les Marécottes está algo más al abrigo de ella y los rasgos de su habla son más rústicos. Así y todo, el dialecto retrocede rápidamente ante el avance igualador del francés. Es éste un fenómeno particularmente sensible en toda la Suiza francesa, del que no se libran ni siquiera los rincones más apartados. Ahora, con el empuje del turismo, fomentado sobre todo con la reciente construcción de un teleférico y con la línea del ferrocarril, que va de Martigny a Chamonix, puede decirse que también el habla de Marécottes está amenazada de desaparición. De ahí el interés de la descripción del lenguaje de esa aldea llevado a cabo por Marianne Müller¹. Trátase de una tesis doctoral de la Universidad de Basilea, emprendida por consejo de W. von Wartburg.

El estudio de M. Müller es de carácter lexicográfico y puramente descriptivo. Tras haber realizado tres encuestas principales *in situ*, la autora ha clasificado el vocabulario según el sistema de R. Hallig y W. von Wartburg *Begriffssystem als Grundlage für die Lexikographie*, Berlín, 1952. Cada capítulo de la obra se abre con una bibliografía sobre los temas tratados en él. Viene luego el material léxico, que se da *s i e m p r e* en transcripción fonética; las palabras van, cuando es posible, encuadradas en un contexto, lo que hace más viva e inmediata la presentación. Siguen locuciones y refranes referidos al campo nocional estudiado. En muchos capítulos hay narraciones en dialecto, que M. Müller transcribió directamente; cf., por ejemplo, los capítulos relativos a la viticultura, a la leche y a su elaboración posterior, a las faenas del campo, a la colada. Ni que decir tiene la importancia de tales narraciones para el conocimiento de la sintaxis dialectal; van acompañadas de una traducción francesa, lo más literal posible. Veintitrés ilustraciones (fotografías, dibujos) avaloran el libro.

¹ «La jeunesse comprend donc encore le patois, mais, à quelques exceptions près, ne s'en sert plus beaucoup et manifeste un peu d'incertude quant à l'emploi exact ou la prononciation de certains mots. Avec plaisir, j'ai pu constater cependant que les petits garçons parlent encore patois à leurs lapins» (p. IX).

Es natural que las designaciones que ofrecen mayor vitalidad sean las relativas a la vida agrícola y que el léxico de carácter intelectual y abstracto sea más escaso. Esto, desde luego, es lo propio de un habla rural; además algo debe de haber influido la manera de hacer la encuesta, ya que la autora utilizó poco el cuestionario, por la distancia que con ello se establece entre el explorador y los sujetos. Por lo demás, la recogida de materiales la realizó con varios sujetos, en común. M. Müller, durante sus estancias en Marécottes vivió la vida de la aldea, ayudando a las gentes en las faenas del campo, ganándose su confianza; en las respuestas no se ha distinguido la procedencia, pero hemos de tener en cuenta que hay allí material proporcionado por hablantes de tres generaciones diferentes.

Resulta interesante que la autora no se haya limitado a presentar una imagen de la vida actual de la aldea, sino que haya preguntado asimismo por las tradiciones de antaño. Para el lingüista es de sumo interés ver los esfuerzos del sujeto por acordarse de términos antiguos de los que no tiene sino una idea vaga y comprobar también las confusiones que se originan en su mente (cf. aquí el capítulo dedicado al cultivo del cáñamo, pp. 164-166, hoy abandonado; actualmente el cultivo de las fresas, con destino a la exportación, se ha convertido en la principal actividad de la aldea). Notemos asimismo lo poco que queda de leyendas y creencias populares: el *Folaton* (pp. 74 y 257) y casi nada más. En cambio, las fiestas, y, en particular Carnaval (p. 136), han proporcionado abundante material. Destaquemos también por su riqueza el capítulo dedicado a las enfermedades del ganado (pp. 177-180).

La autora ha rechazado la clasificación alfabética y preferido aplicar el sistema conceptual citado. No vamos a discutir aquí las ventajas y los inconvenientes de tal sistema; indiquemos sólo que si el orden alfabético tiene sus desventajas, el *Begriffssystem* no está exento de ellas y no permite en modo alguno prescindir de un buen índice. Un solo ejemplo en este trabajo: *tapadzi* 'faire du tapage' (p. 143) y *ferè la sòlegiuga* 'faire un tapage étourdissant' (p. 73). No se comprende cómo esta última expresión entra en la rúbrica acerca de «La vie humaine en général» y la primera tiene cabida en «La vie de société en général». Pero esto son quisquillas y no hay por qué culpar a la autora de este trabajo, sino al mismo sistema conceptual, que tiene también sus defectillos. En la clasificación M. Müller ha adaptado el *Begriffssystem* a la realidad del dialecto estudiado. Así, por ejemplo, a partir del capítulo «L'homme au travail» (p. 151) se aleja de su modelo y toma como centro la casa. Clasifica así: trabajos en la casa, trabajos afuera (en la granja, en el corral, etc.), trabajos en los campos. Es decir, ha buscado un organismo que correspondiese a la realidad de la aldea y allí la casa, la habitación, es un centro.

Para dar una idea aproximada de la cantidad de material léxico que contiene este volumen bastará señalar que el índice de formas dialectales comprende nada menos que 56 páginas a doble columna. En éste una traducción francesa de la voz local (o de la mayoría) hubiese facilitado considerablemente el manejo de la obra.

Si bien es cierto que abundan los trabajos sobre los dialectos franco-proven-

¹ Casi al mismo tiempo que este libro han aparecido el *Lexique du parler de Savièse*, de FAVRE-BALET. Berna, 1960, XIV + 487 pp., *Romanica Helvetica*, volumen 71, y el *Inventaire lexicologique du parler de Nendaz (Valais): la nature inanimée, la flore et la faune*, de R. C. SCHÜLE (*Vox Romanica*, XX, 1961, XX, páginas 161-284; 1962, XXI, pp. 141-241).

zales del Valais, hasta ahora todos ellos examinaban aspectos diferentes al abordado por M. Müller (véanse, por ejemplo, los estudios dialectales sobre las localidades vecinas de Bagnes por G. Bjerronie y de Martigny por A. Dietrich). Por lo tanto, esta descripción exclusivamente léxica reviste especial interés. El conocimiento léxico del territorio valesano se ha enriquecido de modo notable gracias al precioso trabajo de M. Müller².—*Germán Colón* (Universidad de Basilea).

DOROTHY CLOTELLE CLARKE, *Morphology of Fifteenth Century Castilian Verse*, Pittsburgh, Duquesne University Press, 1964, 233 pp.

Aunque la bibliografía sobre la versificación del siglo xv es relativamente abundante, todavía prevalecen impresiones erróneas en torno a su carácter y significación histórica, debido principalmente a limitarse las observaciones a fragmentos seleccionados o, incluso, a versos aislados, así como a la tendencia de tomar la obra de un poeta como representativa del resto, dando por establecida su homogeneidad. Lo que faltaba era el análisis sistemático y científico de la estructura del verso en obras representativas de los principales poetas de la época, examinadas en su integridad. Esta es la tarea llevada a cabo, con celo ejemplar, por la profesora norteamericana de la Universidad de California Dorothy Clotelle Clarke, prestigiosa autoridad en cuestiones de versificación española, quien ofrece aquí el fruto de largos años de estudio sobre la naturaleza y desarrollo del verso en el siglo y medio del pre-Renacimiento (finales del siglo xiv a comienzos del xvi). Un período más importante de lo que suele pensarse, porque en él se forjaron las bases de la versificación moderna, al experimentar los poetas castellanos con formas métricas tradicionales y nuevas, mejorando unas y descartando otras según el método de *trial and error*, hasta dejar un instrumento métrico capaz de cumplir su alto destino posterior.

La autora basa sus observaciones en cuadros estadísticos que registran los más minuciosos detalles morfológicos de cada verso, desde el hiato y la sinalefa hasta los cambios de acentos rítmicos, desplazamientos de la cesura, supresión de acentos secundarios, etc.; un total de veintitrés aspectos diferentes que permiten identificar la técnica peculiar de cada poeta con precisión casi matemática. Pero la importancia de este libro va más allá de la cuestión puramente técnica sugerida por el título. Se trata de una contribución decisiva a la apreciación estilística e histórica de la poesía escrita en este período, mostrándola como un proceso de fecunda experimentación en el que se ve con toda claridad la línea evolutiva de los metros utilizados, a la vez que se destaca el perfil poético de cada autor examinado, a la luz del análisis estructural de sus versos y de su manejo individual de los recursos métricos que ofrecían las formas establecidas. Los resultados de tales observaciones objetivas imponen significativas correcciones en ciertas nociones corrientes sobre la práctica poética de esta época.

La autora dedica especial atención a los dos metros básicos del período, el octosilabo y el verso de arte mayor, para destacar el hecho de su constante cambio estructural frente a la presentación usual de los mismos como formas más o menos fijas. Este enfoque evolutivo es una de las contribuciones más útiles del libro, al mostrar cómo el octosilabo pierde gradualmente su rigidez y tosquedad inicial, mientras que el verso de arte mayor, en un proceso simultáneo, pero inverso, pierde la flexibilidad que había disfrutado en manos gallego-portuguesas y acaba

muriendo a principios del siglo XVI, sustituido por el endecasílabo italianizante que había contribuido a aclimatar. En ambos casos, sin embargo, fue el deseo de una mayor perfección formal lo que movió a los poetas cortesanos. Con el octosílabo ese perfeccionamiento consistió en hacer más estricta la regularidad silábica y, al propio tiempo, en dar una mayor fluctuación a los pies rítmicos y una mayor fluidez al enlace silábico (sobre todo al evitar el hiato y la diéresis). Esto, unido a la mayor versatilidad de usos, desde la rápida narración y los temas burlescos a las graves meditaciones sobre la muerte, hizo posible la madurez del octosílabo y su éxito futuro como uno de los metros más flexibles y duraderos de la poesía española. En cambio, el verso de arte mayor evoluciona en dirección contraria, pasando gradualmente de la más amplia libertad en la estructura interna del verso, con sus variaciones rítmicas, cesura movable o suprimida, asimetría de hemistiquios, etc., a la forma rígida y monótona que trajo consigo su desaparición eventual.

Uno de los hallazgos más inesperados de este estudio es el gran margen de libertad individual en el manejo del verso de arte mayor. No hay dos poetas que presenten la misma estructura métrica, y el grado de maleabilidad de este metro excede al de cualquier otro metro culto, lo cual puede explicar, en buena parte, su adopción como el metro principal del siglo XV para la expresión de pensamientos poéticos serios. Sin embargo, el deseo de un mayor refinamiento formal a tono con la solemnidad de los temas explicaría la tendencia hacia la regularidad rítmica y métrica que causó su decadencia posterior.

El proceso evolutivo de la versificación va ilustrado por el análisis cronológico de obras representativas de unos veinticinco poetas que abarcan todo el período, desde el Arcediano de Toro a Juan del Encina. El resultado es una notable contribución a la técnica versificadora de cada poeta que sirve de base objetiva para su caracterización estilística. Así, el sentido artístico de Villasandino se pone de relieve en una feliz combinación de perfección métrica y sencillez de forma, que produce uno de los versos de arte mayor más ligeros y recatados. Mientras que su contemporáneo Pablo de Santa María usa de este verso con la ilimitada libertad poética de un hombre más interesado en el contenido didáctico del poema que en la forma. El poeta que recibe la mayor atención (casi una cuarta parte del libro) es Francisco Imperial, con el objeto principal de rebatir la opinión todavía general de que a él se debe la introducción del endecasílabo italiano en España. El análisis estructural de los versos del *Decir a las siete virtudes*, donde se supone hecha tal importación, refuerza las dudas acerca de su paternidad, por las diferencias básicas que su estructura métrica presenta con los demás versos de Imperial. Pero, aun cuando se admita tal paternidad, los versos del *Decir* caen claramente dentro del tipo inicial del arte mayor, el de la llamada escuela «libre». La persuasiva conclusión de D. C. C. es que el autor del *Decir* no trató de componer endecasílabos italianizantes, sino versos de arte mayor a la manera antigua, conforme a la forma métrica de ciertos himnos mozárabes en latín, cuyo texto reproduce. Pero cabe aún admitir, sin embargo, que la influencia italiana del endecasílabo le hubiese inclinado hacia una mayor libertad en la estructura rítmica del verso de arte mayor.

Otro resultado importante del enfoque evolutivo de la versificación en esta época es el determinar el verdadero carácter del *Laberinto de Fortuna*, de Mena, no como el modelo típico aceptado convencionalmente para definir el verso de arte mayor, sino como una fase solamente en el largo desarrollo de este metro tan cambiante. En realidad, el análisis morfológico del poema arroja un alto porcen-

taje de versos (37 1/2 por 100) que tienen once sílabas, no doce. El éxito y la influencia del verso de Mena estriban en el certero equilibrio entre restricción y libertad formal, logrado principalmente mediante la regularidad de pies rítmicos y la movilidad de la cesura, lo que hace del verso una unidad con simetría interna en vez de un verso compuesto de dos partes distintas, según la práctica usual. Es en el verso de un poeta como Juan Alfonso de Baena, inferior artísticamente, pero que componía muy concienzudamente según las reglas «oficiales» de la poesía cortesana, donde la autora encuentra plausiblemente el mejor modelo de la técnica versificadora de su tiempo. Baena escribe en el período crítico de transición (el segundo cuarto del siglo), inspirado en un ideal de «libertad controlada» que satisfaga la doble aspiración de gracia y de orden en el verso. El resultado es una mayor flexibilidad para el octosílabo, mediante la fluctuación rítmica dentro del verso, y más uso de la sinalefa que del hiato, mientras sigue observando la más estricta exactitud en la medida silábica. El mismo principio aplicado al verso de arte mayor produce una mayor regularidad de medida y ritmo, así como una cesura en posición fija, claro indicio ya de la rigidez fatal que acabará predominando. La fase siguiente del verso de arte mayor es ilustrada por los esfuerzos de poetas como Santillana y Villalpando por conseguir una fórmula intermedia entre dicho verso y el endecasílabo italiano, con su mayor gracia y variedad de movimiento. A fines de siglo, sin embargo, la causa del verso de arte mayor está perdida, al convertirse en manos de Juan del Encina en una forma métrica envarrillada al servicio de una poesía más solemne que placentera. Como reacción contra esta rigidez del arte mayor viene la tendencia creciente a introducir más versos de once sílabas, preparándose, así, el terreno para el triunfo del metro italianizante con la generación de Garcilaso.

No es aventurado declarar que este estudio representa uno de los hitos más destacados en el campo de la versificación española, tan esencial para el cabal conocimiento de la técnica métrica en un período decisivo en la formación de la poesía moderna, como para la apreciación objetiva de la personalidad poética de los principales poetas de la época, dejando definitivamente disipada la impresión superficial de uniformidad e impersonalidad comúnmente asociada con los *cancioneros* del siglo xv.—*Diego Marín Molina* (Universidad de Toronto).

JUAN MANUEL ROZAS, *El Conde de Villamediana, Bibliografía y contribución al estudio de sus textos*, Madrid, Cuadernos Bibliográficos, C. S. I. C., 1964.

Juan de Tassis, conde de Villamediana, historia y leyenda, discípulo de Góngora, autor de sonetos amorosos, de fábulas mitológicas, de sátiras políticas y de epigramas, es todavía una cuenta pendiente para la Historia y la Crítica Literaria; ya lo es mucho menos para la bibliografía y la crítica textual, después de este paciente y prolijo trabajo de Juan Manuel Rozas.

Anteriores en el tiempo y verdaderos precursores en la estimación estética de Villamediana los ha habido en lo que va de siglo, y aún antes, y Juan Manuel Rozas rinde cuenta exhaustiva de todos ellos; pero es de justicia destacar que la obra que comentamos es el primer trabajo de erudición, riguroso y metódico, en lo que a la bibliografía del conde se refiere, y el primer ensayo de crítica textual de toda la obra conocida como de Villamediana o atribuida a él.

Esta bibliografía y contribución al estudio de los textos de la obra del conde,

no sólo no es un lujo de la investigación literaria, sino la premisa obligada para la realización de cualquier intento serio de crítica literaria de su obra poética. Toda valoración estética que no se funde sobre el conocimiento anterior de todos los textos villamedianinos, auténticos e íntegros, estará viciada en su raíz por la parcialidad, la provisoriedad y el peligro constante de una falsa perspectiva.

Juan Manuel Rozas también ha acudido a remediar con verdadera solicitud, en este trabajo, otra necesidad manifiesta y anterior a cualquier tratamiento de la poesía de Villamediana, a saber, el estudio de las fuentes, documentos y noticias de la época. Independientemente de cualquier actitud o convicción estilística, el examen de las ediciones e inéditos del poeta exige, para la recta lectura e interpretación de los mismos, una excursión a las fuentes extrínsecas a su obra.

La contribución de Juan Manuel Rozas en este aspecto es altamente positiva, tanto para la literatura como para la historia del siglo XVII y la biografía del conde, al mismo tiempo que actualiza una gran tradición en los estudios literarios, segura en sus métodos y fecunda en sus resultados, como es la de preparar el camino a la Crítica Literaria por medio de una sólida erudición crítica y bibliográfica. Una bibliografía y contribución al estudio de los textos del de Tassis pueden ser el resultado del esfuerzo de un erudito, profundo conocedor del siglo XVII español o, por el contrario, el camino escogido por un joven investigador para entrar y deambular por los amplios pórticos de este siglo. El estado actual de los estudios en torno a la obra del conde, tal como aparece después de una atenta inspección a la bibliografía de y sobre su obra, evidencia por sí la apretada solidaridad de la persona, la creación y la historia. Por lo que el trabajo de Juan Manuel Rozas señala, al mismo tiempo que su preocupación metodológica, el rumbo futuro de su afán investigador.

La enumeración de los resultados alcanzados en esta bibliografía dependen esencialmente del objetivo fundamental que el autor se ha fijado a sí mismo, y que ha dirigido como término de atracción su laboriosa búsqueda: llegar a la posesión de un panorama del material poético, de su historia interna y externa, sobre los cuales se ha de ejercitar después la estimación estética de acuerdo con convicciones estilísticas diversas.

La enumeración, descripción y localización de manuscritos, ediciones, traducciones e índice de primeros versos, junto con la discusión acerca de fechas, paternidad, autenticidad e integridad de los mismos, constituyen la primera parte de la obra. La relación de las fuentes, documentos y noticias de la época, más los estudios y referencias, elogios, homenajes y obras basadas en la vida y leyenda de Villamediana con la descripción sintética de sus contenidos, forman la segunda parte. Cada uno de estos capítulos y todos en conjunto nos dan una imagen espectral del autor de las sátiras. La edición de las obras completas, el estudio de su vida y leyenda a la luz de estos documentos y de otros que, sin duda, irán apareciendo, más el juicio de sus contemporáneos y de la posteridad, nos revelarán, en su justo peso y medida, al hombre y a la obra que todo juicio literario supone.

La contribución de Juan Manuel Rozas con su *Conde de Villamediana* a la crítica integral —hombre, creación e historia—, además de ser positiva aquí y ahora, señala rumbos y trayectorias de indudable fecundidad.

Obra de trabajo paciente, de tiempo, de prolijidad, vale mucho en sí misma, como resultado, pero más como modelo de lo que debe ser una bibliografía orientadora, incitadora de futuras investigaciones.—*Edgardo Rubén Palavecino.*

ALEJANDRO CIORANESCU, *Principios de literatura comparada*. Universidad de La Laguna, 1964. 136 pp.

Hay que recibir esta obra bajo dos consideraciones fundamentales: el ser el primer estudio importante y sistemático de teoría sobre literatura comparada realizado en España, y el presentarnos unas perspectivas claras y delimitadas de lo que debe ser este aspecto de la investigación literaria. El profesor Cioranescu había ya desarrollado una notable actividad en torno a diversos ejemplos de literatura comparada (recordemos los interesantes estudios reunidos en un volumen sobre Calderón y el teatro francés, Víctor Hugo y España, etc.), actividad que era, a la vez, de investigador y de profesor. En este doble sentido se desenvuelve el libro que ahora reseñamos. Es fácil observar en él un profundo estudio de problemas, con las proposiciones, confrontaciones y especulaciones propias del investigador, y un estilo o disposición de estos elementos críticos cercano a la conferencia o actividad académica, lo cual no es un secreto, puesto que el propio autor comienza por advertirnos que su libro «es el resultado de un cursillo de Literatura comparada, dado en la Facultad de Letras de la Universidad de La Laguna en el año de 1963».

En la extensa «Introducción» el autor propone unas cuestiones fundamentales: historia de los problemas y posibilidades de distinto enfoque en su resolución. Aspectos cuyo análisis es de evidente necesidad, porque todo fenómeno no debidamente claro ni estudiado exige un planteo histórico y problemático.

Lo primero que examina A. C. es el concepto sobre el que se monta con frecuencia el estudio de la literatura comparada: grado de originalidad, resultado artístico obtenido por los dos autores, etc. Criterios éstos que considera equivocados y que no deben servir para un estudio de esta clase. Examina el sentido de la imitación textual a través de la historia literaria, concluyendo que la idea de originalidad se consideró como una locura o un imposible; ni en el Renacimiento, ni en los siglos XVII y XVIII se pensó en ella. Ni Lope, ni Calderón, ni Shakespeare fueron originales en sus temas; había que contar con la experiencia y con la tradición. La idea de originalidad empezó a manifestarse en el barroco, multiplicándose y extendiéndose esta idea desde entonces. Es en el siglo XVIII con su espíritu internacionalista cuando se empieza a formar el concepto comparatista, y a principios del siguiente siglo el método comparatista invade todos los campos de la ciencia. Los románticos, con su amplia visión de la historia, consideraban la unidad de fondo de todas las literaturas por encima de las fronteras y de las lenguas. Aparece entonces la idea de la poligenesia de los temas de carácter popular. A partir de entonces considera A. C. dos tendencias: la que considera la obra en sí, en su ser (estudio estático), o la que la considera más bien como una transmisión (estudio dinámico). La primera se apoya para el estudio de la literatura comparada en la intuición, la segunda piensa que es estéril el estudio si no se apoya en la idea de transmisión. Modernamente hay vacilaciones respecto a la posibilidad de la literatura comparada (Pellegrini, R. Wellek). Esta posición, Croce, la mantuvo en su aspecto más negativo, que consideró esta modalidad de los estudios literarios como estéril. En último término cree A. C. que la literatura comparada no debe preocuparse —al igual que otras ciencias— tanto de su significación como de sus límites y objetos posibles.

El empeño de dar una definición de la literatura comparada, lleva a A. C. a examinar distintas opiniones y a extraer de ellas los elementos imprescindibles

para una definición que los comprenda, y así supone «que la literatura comparada es el estudio de las relaciones entre dos o más literaturas nacionales», definición que le parece responder a una realidad materializada en los mismos trabajos incluidos bajo este título. Examina a continuación los términos de su definición y el tipo de relaciones que pueden darse: de contacto, coincidencia, intuición. En cuanto a la coincidencia y a la intuición simultánea, es decir, al puro paralelismo, presentan un problema complejo. A. C. precisa términos y objetos y concluye que el estudio de la literatura comparada tendrá que especificar la clase de relaciones (que serán causales) e incluso reflexionar sobre lo que entendemos por literatura. Así se impone otra definición de la literatura comparada como «el estudio de las relaciones causales entre dos o más literaturas separadas por fronteras lingüísticas». Por otra parte, la estilística con sus dos corrientes, el formalismo ruso y el neocriticismo americano, ha invadido la literatura comparada e incluso ha intentado anexionársela. A. C. precisa lo que supone esto e intenta conciliar los dos posibles caminos en el estudio de la obra literaria: a) el examen de la obra en su ser y b) en su devenir. Este último es el que quiere aplicar A. C. a la literatura comparada: «La literatura comparada es el estudio de la literatura considerada en su devenir internacional», definición que resume todos los aspectos y problemas científicamente considerados, y que, a sentir del autor, es quizá esta tercera definición «la que expresa mejor sus límites y su potencialidad».

En un tercer capítulo A. C. estudia la finalidad de la literatura comparada, aunque antes se impone la observación sobre la finalidad de la literatura simplemente. Para no ser excesivamente detallistas resumiremos las conclusiones a que llega el autor. En primer lugar «el objetivo de los estudios comparatistas no es estilístico, sino de naturaleza histórica», «no examina objetos, sino procesos», y, en general, no cabe hablar de utilidad o finalidad más que en la medida en que el estudio de la literatura comparada es un modo de conocimiento y, como tal, su finalidad reside en sí mismo. Se reconoce que la literatura comparada no llega al corazón de la obra literaria, pero esto no es una acusación, porque, en realidad, no es ése su propósito. Si, además, se concibe la obra literaria no como un objeto muerto propicio al análisis, sino como algo vivo «que existe según se le hace existir, que no se puede juzgar en sí, sino en su reflexión incesante y nunca igual», nos es posible así llegar a su verdadero ser y significación. Las observaciones de A. C. en este sentido son bien claras. La crítica comparatista tiene su razón de ser en una modalidad de crítica que no pretende agotar la realidad de la significación de la obra literaria ni arrogarse objetos que no son los suyos. Además es obvio que ningún tipo de crítica especializada pretende explicar todas las posibilidades que la obra puede ofrecernos en sí o como objeto de relación.

Bajo la denominación de «Relaciones de contacto» A. C. ensaya una explicación de lo que debe ser este tipo de relaciones consideradas, en general, como «el conocimiento directo o indirecto de una fuente por su autor». En la idea de relación de contacto caben tres factores: el emisor, el receptor y el agente transmisor o intermediario. Así, lo que interesa no es el autor o la obra, sino el proceso de relación o de transmisión. Como A. C. muestra, las posibilidades de esta relación son múltiples. El intermediario puede ser cualquier persona que medie entre dos literaturas, sin necesidad de que sea escritor. También se tienen en cuenta las traducciones, imitaciones e influencias, distinguiendo perfectamente entre estas dos últimas, en donde la imitación viene a resumirse en «un contacto localizado y circunscrito» y la influencia en una «adquisición fundamental que modifica la

misma personalidad artística del autor». Diversos ejemplos ilustran con enorme claridad estas distinciones. Estructurando la relación que tiene en cuenta el agente de transmisión, halla el autor los dos términos de *emisor* y *receptor*. Pudiéndose llamar al *emisor*, *original* en una traducción, *modelo* en una imitación y *fuerza* en una influencia. En cuanto a los aspectos de la obra literaria que son transmisibles, A. C. considera cinco: 1) tema, 2) forma o molde literario, 3) expresividad (recursos estilísticos, imágenes), 4) ideas y sentimientos, 5) resonancia afectiva. Estos aspectos son los que hay que considerar en el caso de una influencia literaria, con las salvedades que en cada caso se deben hacer en su aplicación.

Como relaciones de interferencia entiende el autor aquellas relaciones literarias internacionales en las que no entran los problemas literarios individuales (por ejemplo: influencia española en Alemania o la novela picaresca en Francia). El análisis de cada fenómeno dentro del amplio marco que señala un trabajo de este tipo puede llevarnos a una serie de estudios que entrarían en el campo de las relaciones de contacto, pero que, reunidos metódica y sintéticamente, serían ya un estudio general de relación de interferencia. Para este problema el autor, además, propone métodos de trabajo. Por otra parte, el contenido de la transmisión habrá de ser cualquier objeto de la literatura que no sea una obra individual; en él la forma no será el rasgo más fácilmente transferible y sí las ideas. De todas formas el autor señala la dificultad de tales visiones generales.

El tercer tipo de relaciones será el de «Relaciones de circulación», cuyo estudio forma el último capítulo de este libro, y que se define así: «los temas y los asuntos literarios de toda clase en lo que tienen de transferible de una literatura a otra». La palabra *tema* tiene un sentido especial en los estudios de literatura comparada; viene a ser el «resumen no individualizado de una narración», es decir, lo que queda después de considerar y resumir un argumento al que le privamos de su sentido individual para darle una significación general y objetiva. El estudio de los temas será un estudio de circulación. A. C. apunta también los vacíos inevitables que se dan en este tipo de estudios. Los temas en su proyección histórico-literaria presentan una serie de problemas enormemente complejos; a veces, necesitan apoyarse en numerosos puntos de apoyo meramente hipotéticos, lo cual hace que los comparatistas desconfíen de este tipo de estudios. Por ello se impone, muchas veces, reducir el área de la investigación a límites más concretos. También han sido considerados desfavorablemente los estudios de temas, por pensarse que el tema es materia, por lo tanto, algo extrínseco y accidental. Muchas otras dificultades oponen los críticos al estudio de los temas, pero, como opina A. C. «los peligros del tema no son argumentos contra la ciencia». También ofrece dificultad el estudio de los *tipos* literarios que hay que distinguir de los *héroes*. «La diferencia del tipo al héroe es la de lo general a lo individual». Así, por ejemplo, el avaro será el *tipo*, y Harpagón, el *héroe*. Las divisiones de héroes en mitológicos (Prometeo), míticos (Don Juan) e históricos (César) no parece interesar mucho. Solamente observar que los dos primeros arrastran consigo un tema, contienen unos símbolos que siempre han tenido gran vigencia literaria.

Al final del presente trabajo incluye el autor un vocabulario de términos comparatistas que ayuda a recordar definiciones o acepciones nuevas dentro de esta disciplina. Una bibliografía cierra el estudio.

Como se puede observar, el camino seguido por el autor ha consistido en una elaboración de posibilidades y fines, de principios en que puede basarse la especialidad de la literatura comparada y de sus límites. Respecto a la estructura

formal del estudio, como señalábamos al principio, hemos de advertir que el tono de conferencia que posee, si bien le da una elocuencia muy fácil de seguir, en cierto modo supone un ligero inconveniente metodológico, sobre todo por algo tan externo y material como la tipografía, que es demasiado uniforme para una publicación de esta índole. Es esta impresión nuestra, pero sería de aconsejar en los estudios científicos una claridad de estructuración en los párrafos, en los apartados, en los epígrafes, en los ejemplos, de forma que facilitase la consulta rápida o la visión de conjunto; sobre todo, esto es importante en aquellos libros que pueden considerarse como tratados, métodos, compendios, etc. Por otra parte, hay que señalar la aportación fundamental que significa este estudio a las investigaciones sobre teoría literaria y, concretamente, a los estudios de literatura comparada, para los cuales este trabajo supone un verdadero método, con el que hay que contar de ahora en adelante.— *Enrique Rull.*

AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Manuscritos visigóticos. Notas bibliográficas*. Barcelona, Atenas, A. G., 1963, 4.º, 2 hojas + 108 pp. + 16 facs. (C. S. de I. C., Instituto P. Enrique Flórez, Monumenta Hispaniae Sacra, Subsidia: Vol. I).

El creciente interés que despiertan en estos últimos años nuestros manuscritos visigóticos, no ya sólo en el aspecto paleográfico, sino por varios de los asuntos que ilustran, ha aumentado considerablemente la bibliografía a ellos consagrada. Esto ha movido a Millares Carlo a rehacer la noticia que de este tema dio en la segunda edición de su *Tratado de paleografía española* (1932); pero la labor de ahora es de mucho mayor alcance de lo que el lector puede esperar: la simple «Lista de códices visigóticos» sustituye todo el volumen aparecido.

Del contenido sólo cabe en esta nota decir que todo está formado por datos escuetamente recogidos, con la mayor concisión expuestos, lo que significa una tan nutrida información, que nada deja echar en falta. Ya la lista previa de obras consultadas, en la que da a conocer las abreviaturas empleadas para designarlas, muestra lo seriamente que el autor cumplió la tarea propuesta. Contamos, pues, con un auxiliar más, que será bien agradecido por cuantos se interesen por los problemas que ofrece nuestra Edad Media.—*B. S. A.*

ANTONIO BALLESTEROS BERETTA, *Alfonso el Sabio*. Barcelona, Salvat Editores, 1963, 4.º, XV + 1.142 pp. + 15 hojas con láms. (Publ. por la Academia «Alfonso X el Sabio» de Murcia —C. S. de I. C.—, que le otorgó el premio en el concurso por ella convocado, y la Casa Salvat).

Era esperada con gran interés la aparición de esta obra, que en la copiosa producción de su autor había de significar su esfuerzo definitivo en el estudio del tema alfonsino, que tanto le ocupó. En realidad, fue todo el siglo XIII lo que le atrajo. Queda, incluso, el manuscrito de otro extenso trabajo suyo, consagrado al reinado de Fernando III¹. Y complemento de ambas obras podemos considerar la que a Sancho IV dedicó doña Mercedes Gaibrois, haciéndose así, en el mismo

¹ También este otro libro fue a su vez galardonado, obteniendo el premio en el concurso convocado en el Centenario de la Reconquista de Sevilla, en 1948.

hogar, el dilatado estudio de toda la centuria. Pero fue la extraordinaria figura y la actuación personal del rey sabio lo que ocupó su atención tal preferencia y constancia, que los trabajos dirigidos a dilucidar las varias facetas de su biografía alcanzan crecido número y muestran por sus fechas que nunca, desde 1910 a 1949, dejaron los problemas alfonsíes de estimular su actividad¹, sin que la merma de la nueva especialidad por él cultivada, la historia hispanoamericana. Fruto inicial de sus investigaciones medievales fue el logro de abundantísimos documentos, hallados y leídos en múltiples archivos, y aunque muchos vieron ya la luz en sus publicaciones, unos mediante su reproducción y otros con la noticia de su contenido, queda gran parte por divulgar de los millares que copió, formando un extenso diplomatario medieval, que hay el propósito de publicar algún día². Pero puede suponerse que la porción que de tan copioso conjunto correspondía al periodo de Alfonso X haya sido la que en mayor cuantía saliese ya de la oscuridad, pues la determinación de acudir el autor al concurso mencionado hubo de darle ocasión para decidirse a ordenar los muchos materiales que había acumulado y ofrecerlos a los estudiosos.

De estos antecedentes consignados puede deducir por sí mismo el lector de estas líneas que la característica más acusada de la nueva obra de don Antonio Ballesteros —que, lamentablemente, no alcanzó a ver el bello libro en que ha corporizado su labor— es la afluencia de información. El uso que para obtenerla hizo de las fuentes que tuvo a su alcance le muestra, además, refractario a las previas soluciones precipitadas y dispuesto a acatar sólo las que sus varios medios de comprobación disputan por compatibles con los datos seguros. La crónica particular del monarca la tiene constantemente a la vista, pero se aplica, sobre todo, a corregir sus errores, muy abundantes en la cronología, y a colmar sus vacíos. Sirvenle a maravilla para lo primero el itinerario de Alfonso, por el propio B. formado, y el de su suegro Jaime I, debido a Miret y Sans. Para completar información beneficia todas las fuentes narrativas conservadas y sus equivalentes de que dispuso; obtiene, en fin, copiosas noticias válidas de la documentación relacionada con las Cortes³ y del gran número de privilegios y demás diplomas utilizados. A todo había de acudir si quería completar un tanto los habituales datos de la historia política con las noticias, tan deseadas, de la vida cotidiana. Hasta el caucionero marial de Alfonso es usado copiosamente como noticiario. Por ello cual-

¹ Baste recordar la serie de sus libros y artículos sobre el tema: *Las Cortes de 1252* (1911), *Sevilla en el siglo XIII* (1913), *Alfonso X de Castilla y la Corona de Alemania* (1916; en colaboración con don PIO BALLESTEROS ALAVA), *A. X, Emperador electo de Alemania* (1918), *Un detalle curioso de la biografía de A. el Sabio* (1918), *¿Dónde nació A. X de Castilla?* (1921), *Itinerario de A. X Rey de Castilla* (1936), *Don Juan el Canciller* (1940), *Don Raimundo de Losana, obispo de Segovia* (1940), *Doña Urraca López, reina de León* (1940), *La toma de Salé en tiempo de A. X el Sabio* (1943), *A. el Sabio considerado como historiador* (1945).

² Así lo declara el señor Ballesteros Gaibrois, su hijo, en la «Advertencia» que precede al texto.

³ Los cuadernos de Cortes, aun descontando muchos que sólo reflejan lo relativo a los subsidios concedidos en ellas, se bastan por sí solos para informarnos sobre temas bien alejados del contenido habitual de las crónicas, como son noticias sobre las modas que se van sucediendo en el vestido de hombres y mujeres, las clases de telas, formas y colores preferidos sobre los manjares, los usos festivos, la caza, etc. Hasta se transparentan las aficiones personales de Alfonso. Todo esto prescindiendo de los asuntos más vecinos de la historia política, como, por ejemplo, las prohibiciones impuestas a moros y judíos.

quier mención particular que aquí intentáramos para mostrar la diversidad de temas tratados, fácilmente pecaría de prolija. Sólo a un punto concreto, por su mayor afinidad con la índole de nuestra revista, parece obligado aludir: el de la devoción entusiasta de Alfonso por las empresas de sabiduría y por el cultivo de la poesía, con el consiguiente trato de sabios y poetas. Al ocuparse de los períodos en que aquélla se manifiesta más, se esfuerza B. por resaltar el ardor y diligencia con que participaba en los trabajos de los hombres escogidos para investigar o, cuando ya había escritos valiosos, para traducirlos, sirviendo principalmente su aporte de unificación y revisión definitiva; atribuye al rey la redacción de las obras «en gran parte, si no en su totalidad», aduciendo en pro de ello un texto que considera definitivo¹. Respecto al campo de la poesía, a la que tan hondamente era aquél aficionado, es tema que reiteradamente toca B. el de los juglares, así provenzales como gallegos, que de continuo le seguían y cortejaban. La enumeración y reseña de ellos es amplia y minuciosa.

No era fácil al autor hacer compatible tan extraordinaria suma de acaecimientos y pormenores, en el libro reunidos, con el ritmo rapidísimo de lectura a que todos propendemos hoy. Pero no parece preocuparle el riesgo de no lograrlo. Entregado al asunto que le apasiona, consigna cuanto puede añadir algún perfil nuevo a los sucesos que va exponiendo, sin temor de alargarse en demasía. En cambio, como suele ocurrir a los que están muy familiarizados con los personajes y hechos de que se ocupan, da por archisabido y no olvidado mucho de lo que a ellos atañe, y alude a algunos temas sin la deseada puntualidad. Esto obliga al lector a un esfuerzo, que querría esquivar, para no perder el hilo de la narración, esa línea maestra que marca lo esencial de la historia, de cualquier género que sea. Es, sin duda, anhelo legítimo y loable el de apoyar firmemente los asertos; pero con excesiva liberalidad son reproducidos los textos completos en que se basa la disquisición, alargando más de la cuenta el camino para llegar al objetivo señalado, que el lector se impacienta por alcanzar. Como se ve, si algo puede reprocharse en el libro comentado es tan opinable que para muchos redundará en muy subido mérito, y ello precisamente entre quienes desean una obra, en el límite posible, definitiva, esto es, los que tienen más derecho a invocar su criterio. Para quienes aspiran a conocer lo más hondamente posible el hombre singularísimo que, sin duda, fue el rey sabio, la copiosa información de B. será preciosa, aunque haga menos grata su consulta la reproducción de las piezas del proceso en vez de consignar simplemente la esencia de su contenido. El pecado de prolijidad sólo es lícito proclamarlo pensando en los lectores —sin duda, sí, los más numerosos— que no se proponen especializarse en el período alfonsino ni pueden detenerse con exceso en un solo tema.

Aparte del reparo dicho, el lector encuentra en la lectura toda la amenidad que puede desear. El señor B. hace frecuentes altos en la narración, en los que se ofrecen cuadros variados que a la vez completan la noción que aquél va adquiriendo y dan pasto a su fantasía para entrever lo que sería la vida española en el siglo XIII. Probablemente nadie tan capacitado como B., embebido constantemente en la indagación de esta centuria, para imaginar, con algún fundamento,

¹ Puede verse en el principio de la p. 502. Opina B. que las palabras en él aducidas interesan también porque precisan un tanto la cronología de la *Primera crónica*, demostrando que ese pasaje de ésta se escribía entre 1237, en que murió Juan de Brienne, y 1247, en que murió el toledano.

escenas representativas de ese período. Véase, como muestra, la estampa que compone de una fiesta cortesana en Sevilla, por él ideada con ocasión de una de las más largas estancias del monarca en la ciudad que tanto amó; sus muchas lecturas de documentos y relaciones de todo género le permiten, incluso, introducir, designadas con sus propios nombres, personas que efectivamente existieron y que, por sus condiciones, es verosímil su presencia en dichos actos. Se adivinará fácilmente que ese su anhelo de caracterizar el escenario en que se desarrolló la vida de su biografiado se avivaría aún más por el propio monarca, y, efectivamente, se reiteran en toda la obra las pinceladas que van trazando su retrato o etopeya con los rasgos que muestran los actos sucesivamente referidos. He aquí la más completa de tales descripciones, hecha cuando refiere la estancia en Sevilla antes aludida y teniendo Alfonso cuarenta años de edad. Con su inserción serán finalizadas estas líneas.

«En su rostro ovalado y algo inexpresivo se dibujaba, sin embargo, con transparencia inequívoca, la bondad de un temperamento inclinado a la clemencia, munificente hasta la prodigalidad y débil en su excesiva tolerancia. Su inteligencia se abismaba en los cálculos más abstractos de la ciencia astronómica y en las disquisiciones más casuísticas de la legislación, llegando a las altas cumbres de la lírica con las delicadas vibraciones de una fiebre poética reflejo de un alma sentimental y selecta.

Siendo fervoroso católico, de acendrada piedad, en mil ocasiones bien probadas [sic], por raro contraste, rendía parias con sus devancos a la libertad moral de una época de costumbres corrompidas. Pero el sello peculiar de su carácter lo integraban una ilimitada vanidad y la sencillez de un corazón de niño, dotado de un candor y una confianza rayanos en lo inverosímil.»—*B. Sánchez Alonso.*